

Batallas

Luisina Giorgetti



Capítulo 1

Unas nubes negras habían poblado el cielo, ocultando el crepúsculo que no tardaba en llegar. A pesar de la tormenta todo estaba en calma, como si el tiempo se hubiera detenido por el motivo de su presencia en aquel claro rodeado de robles secos y pinos tan altos que parecían no acabar nunca. Más allá, se divisaba un grupo de igual composición al suyo, pero de color opuesto. Pertenecían a bandos distintos, a lugares distintos, y tenían costumbres distintas; sin embargo, todos y cada uno de ellos sentían el miedo frío y la intranquilidad paranoica que precede a una batalla, sabiendo que desgraciadamente aquella podría ser la última. Se mantuvieron en sus posiciones, esperando el toque del cuerno.

La reina blanca pasaba la mirada por cada uno de los presentes, maldiciéndolos en silencio. Prefería con todo su ser dar media vuelta y perderse en la espesura del bosque para ser devorada por un oso que estar de pie allí, a punto de que le corten la cabeza. Todo el ejército había jurado lealtad, subordinación, e incluso habían ofrecido voluntariamente la vida con tal de proteger a su señor; habían decidido arriesgarse por el enorme honor y la dulce gloria de ser recordados como héroes cuyos nombres sonarían en cada uno de los castillos durante los festines y las celebraciones. Mas no era su caso. Toda su vida había sido una presidiaria que, llegada la edad, había sido trasladada a otra prisión adornada con finas sedas de colores vivos, jugosos manjares, espaciosos aposentos, y un título vacío por el que todos la llamaban antes de dignarse a preguntar su nombre. Hasta el más mínimo detalle de cada uno de los acontecimientos importantes de su vida había sido planeado y organizado por terceros, dejándola a ella como un títere manipulable, atado con los hilos del enfermizo deber que las de su género debían cumplir aunque fuera a la fuerza.

Un estruendo grave resonó en el aire asustando a una bandada de cuervos que habitaban un roble cercano, y el primer peón se puso en movimiento. Era la tradición que los blancos avanzaran antes; una muestra de caballerosidad con la que esperaban enmascarar todo el derramamiento de sangre, semejante a tratar de tapar una herida con alambre de púas.

Pronto, el claro estaba empezando a llenarse con miembros de ambos ejércitos que se disponían estratégicamente con la esperanza de ganar ventaja sobre su adversario. Vio que uno de sus jinetes, el izquierdo, utilizaba sus tres movimientos para adelantarse y derribar a un peón negro de una estocada limpia, mientras que la torre negra del lado oeste aniquilaba a un alfil que pretendía acercarse. Uno a uno, miembros de ambos ejércitos iban cayendo como moscas envenenadas, manchando los colores ocres y amarillos de las hojas caídas con el oscuro carmesí de la

sangre.

No era capaz de decir cuánto había pasado; tenía la sensación de estar encerrada en una cúpula de cristal donde el tiempo transcurría mucho más rápido que en el resto del bosque, invisible para cualquier ser ajeno. Luego de ver el efecto, miró a su derecha, hacia la causa altiva, violenta, egocentrista, y codiciosa que había compartido su lecho por tantos años.

Cada hora, cada minuto, y cada segundo que había pasado desde que cambió de dueño, su odio iba creciendo al igual que una bola de nieve que baja rodando por una ladera. Sabía perfectamente que ella era más ágil, más fuerte, y mucho más perspicaz que todos los buitres hinchados de la mesa del consejo. Podía moverse con una gracia y rapidez envidiable para cualquier caballero; dar saltos en la dirección y distancia que quisiera, sin ninguna limitación, pudiendo obtener la ventaja estratégica crucial de la batalla. Sin embargo, todas aquellas cualidades sublimes que la hubieran transformado en el gobernante que un reino próspero merecía y necesitaba, se opacaban por detalles banales carentes de fundamentos sensatos. La vida del rey valía más que la suya, aunque se tratara de una rata decrepita devoradora de oro, sangre y sudor ajeno.

Un movimiento oscuro captó su atención. El alfil negro acababa de destrozar al último jinete y se giraba hacia ellos, decidido a dar el siguiente paso. Ella se puso en movimiento automáticamente; le daba asco sacrificarse por una causa perdida, pero tenía claro que no obtendrían mayor piedad de sus enemigos si conseguían la victoria. Corrió hacia su oponente sin mirar atrás. Hizo un rápido movimiento en diagonal y luego hacia su izquierda en línea recta. Amagó hacia uno de los flanco pero, justo cuando el alfil se preparaba para defenderse, cambió de dirección y le atinó al lado desprotegido, provocándole una herida mortal en el medio.

La reina blanca contempló sus alrededores, disfrutando de ese pequeño triunfo, justo cuando su igual oscuro avanzaba hacia ella. Con la misma velocidad, se posó a su lado y, antes de tener tiempo para reaccionar, le rebanó la garganta con un largo y fino corte digno de un asesino a sueldo. Se desplomó como un copo de nieve en invierno, fría, muda, opacada por el clamor del combate y los gritos agónicos de los moribundos. Su cuerpo se puso frío, las extremidades se le entumecían, y el alma sufriendo se apagaba buscando la paz anhelada.